

### El anuncio

A mí siempre me ha gustado ir en autobús. ¡No se rían! Lo digo en serio. Reconozco que me encantan estos vehículos casi rojos algo torpes que circulan alegremente por las calles de nuestra ciudad. Siempre me hicieron pensar en elefantes del circo tomados de la cola el uno del otro, pisoteando las mismas huellas día tras día con sus pasos pesados sin alejarse jamás del recorrido pautado. Ambos me dan lástima porque llevan su tarea con cierta resignación. Hace unos días parecía que las cosas iban a cambiar. En la tele pusieron un anuncio para animar al personal de usar el transporte público, especialmente el autobús. Mi corazón dio un golpecito de alegría cuando lo vi. Por fin tendría argumentos de verdad para convencer a amigos, compañeras de trabajo y hasta la vecina de dejar de contaminar el planeta: ¡lo dicen en la tele! Pensaba que al menos en el caso de mi vecina sería pan comido. Me reordaba del anuncio de Kellogg's Cornflakes unas semanas antes y del vestido rojo que se compraba acto seguido porque pensaba en serio que así se parecía más a la modelo que presentaba el comestible bajo en calorías. Me costó una semana entera para convencerla que tal vez el rojo no le va, que no era culpa suya que a pesar de comer Kellogg's Cornflakes a toda hora sus michelines se mantenían firmes.

La mañana siguiente me la encontraba en la escalera. La preguntaba si me acompañara a la parada del autobús. Sin embargo, ella me miraba con sus ojos grandes como si le hubiera invitado a un viaje por el espacio. ¿Y por qué voy a ir en autobús, yo?, me preguntaba. Pues, por lo del anuncio, la contesté. ¿No lo viste? Sí, el anuncio, suspiró. Ay, chica, no sé. Estas cosas

## El anuncio

---

ya no son para mí, murmuró y salió rápidamente de la casa sin despedirse de mí. Estaba tan perpleja que no sabía que contestarla y me fui sola a la parada del autobús. Durante todo el día me encontraba con gente que respondió más o menos con el mismo tono que mi vecina cuando los preguntaba por el anuncio y si a partir de ahora estaban dispuestos de dejar sus coches y motos en el parking. Algunos ni siquiera se molestaron en contestarme y por la tarde tenía la sensación que evitaron cruzarse en mi camino. Aunque me sentí un poco ofendida por su reacción, me callaba. Cualquier día comentan los anuncios de la tele durante horas y durante el almuerzo hablan de préstamos, de plazos e intercambian las tasas de los intereses de las diferentes entidades bancarias. Y justo cuando una vez se podía hacer algo para cambiar este mundo casi gratis e incluso ahorrando un montón de dinero – gasolina, seguro, impuestos y parking –no querían mover un dedo. Ni siquiera querían hablar de ello. Cuando volví a casa – sola y en el autobús, triste y pensativa – puse la tele para volver a ver el anuncio. Había algo ahí que no cuadraba y quería descubrir el fallo.

Volví a ver el anuncio y se me ocurrió de grabarlo. A primera vista todo parecía bien. Y cada vez que lo veía me gustaba más.

Un autobús nuevo, limpio con estos asientos estrechos que te obligan a sentarte bien. Después una parada de autobús, la puerta se abre por pura magia. No hay rastro de conductor. Un señor que está esperando imita el gesto de limpiarse los zapatos en el suelo, como si acto seguido entrara en la casa de su suegra. La segunda imagen muestra una chica joven y guapa que acaricia el agarradero y lo frota cariñosamente con el dedo índice como

si fuera la nariz de su novio. Acto seguido el vehículo arranca suavemente y la cámara enfoca en primer plano dos jóvenes deportistas que sonríen a una mujer embarazada vestida de un jersey de rayas. Ella sonríe a todo el mundo con esta mirada de pura felicidad que es propia de las mujeres de su estado. El autobús se desliza por una superficie plana y apenas se mueve o está perfectamente amortiguado, por las ventanas contemplamos prados verdes y calles vacías. En el ambiente reina un silencio absoluto y la luz del sol brilla sobre el mundo de los pasajeros felices. Final del anuncio. Apagué la tele para concentrarme en la imagen e hice repararla una y otra vez. Seguía sin entender nada.

Pensaba en los actores de la publicidad. Si lo miraba bien se parecían un poco a sonámbulos perdidos en el espacio y el tiempo como si el hecho de ir en autobús les proporcionaba una sobredosis de felicidad. Tal vez la gente no quería identificarse con gente que insinuaba una cierta adicción a lo que sea, aunque sólo se trata de sonrisas y movimientos suaves, pensaba. Y ¿qué pasa con los anuncios de los coches?, opinaba mi voz interior. No aplican más o menos el mismo patrón para despertar el deseo del consumidor? Y la gente encantada, ¿o no? Claro que sí. Pero con un coche teóricamente se puede llegar a un sitio verde y silencioso ¿quién sabe? Y ¿con el autobús de las líneas metropolitanas? La gente de este país es realista. Sabe muy bien que está a su alcance y que no lo está ni pidiendo créditos. Esta vez los de la publicidad se pasaron de la raya. De repente lo vi muy claro. Ni siquiera mi vecina podría llegar a creer que por usar el autobús se convirtiera en una rubia acariciando el agarradero. Intuye que

## El anuncio

---

su trasero nunca cabrá en estos asientos hechos para anoréxicas y metrosexuales. Por fin entendí porque perdí mi credibilidad en un solo día. En fin, de repente todo el anuncio me pareció un disparate. La desesperación se apoderó de mí. Mis ojos se llenaron con lágrimas. Me sentí más sola que la una.

¿Con quién podía compartir ahora mi entusiasmo por los autobuses?, me preguntaba. De ahora en adelante ¿cómo explicaría a alguien que una siente por entrar primero en el autobús si no tiene idea del suspense que dura hasta el último momento porque nunca se sabe dónde el conductor parará? ¿Cómo transmitir esta sensación que supera la de cualquier películón de la tele? Volverá a haber alguien para compartir conmigo la inmensa alegría cuando se abre la puerta justo delante de uno y no un metro más allá donde la tía con tres bolsas del Corte Inglés en una mano quería dirigírla, agitando su T-10 como un trofeo en la otra mano, como si esto le diera derecho a que se pare delante de sus narices. ¡No señor! El mundo del transporte público de los autobuses de Barcelona es dónde todavía se hace justicia, aquí se vive la democracia día a día, aquí es dónde nos hemos hecho europeos a pesar de vivir detrás de los pirineos. ¿Acaso se refleja esto en el anuncio? Además ¿porqué reducen el personaje del conductor a una imagen borrosa? Esto me dio un poco de miedo. Enseguida me hizo entrar en sospechas que en realidad que están anunciando son autobuses fantasmas que circulan por las calles sin ningún tipo de calor humano detrás del volante. ¿Vds. conocen la importancia de un conductor a parte de sus habilidades para manejar el vehículo? El conductor es la persona que con

una sola mirada se da cuenta quien necesita subirse primero y si ve a una anciana o una madre con un carrito de bebe, les dirige una sonrisa para animarlas de seguir intentando entrar con el carrito por la puerta delantera aunque apenas cabe, anima a la vieja de seguir levantar la pierna aunque la artrosis no se lo permite. El conductor no sólo es psicólogo, es más, es la persona que nos enseña adaptarnos al ritmo del tráfico con infinita paciencia –pase lo que pase. Es el artista del espectáculo, el dirigente del orquesta, el director del teatro. Es él que decide si el telón se abre o no. Sin él no hay transporte público, sin él estaríamos esperando en vano horas tras horas con las miradas vacías y entonces tal vez nos pareceríamos realmente a los actores del anuncio. Sin él nadie marcaría su billete y así el déficit público aumentaría infinitamente. Me imagino que en el anuncio querían mostrar que también en este país el cliente manda y tal vez por esto eliminaron el conductor de la imagen. Sin embargo, Sres. Creativos ¿conocen Vds. otro país europeo dónde el pasajero saluda al conductor cuando entra? Se lo digo yo. Seguro que no. Sólo por la sonrisa y el hola que suelta este buen hombre cada vez que se abre la puerta se merece el premio Cervantes de humanidades aplicadas, si existiera tal premio, claro. Otra cosa totalmente ajena a nuestra cultura mediterránea es presentar un autobús medio vacío. ¿Cuándo se ha visto tal cosa? Nadie va en autobús para estar solo es aquí donde buscamos compañía. Aparte de ser un medio de transporte es un medio de comunicación. Comentamos las noticias del día, nos preguntamos amablemente si bajamos en la próxima, y sobre todo nos reímos de los conductores de coches si logramos verlos a través de

## El anuncio

---

los cristales llenas de pegatinas de anuncios. A veces los saludamos desde la altura y casi nos dan lástima. Al final siempre son ellos que se quedan atrás mientras nuestro autobús ecológico avanza rápidamente por el carril reservado para el transporte público. ¿Conocen la dulce sensación con que nos comunicamos rozando la piel de nuestras manos bajo el ritmo del movimiento a veces brusco cuando un semáforo obliga al conductor a ejecutar un frenazo imprevisto? ¿Han recibido alguna vez una sonrisa tímida, pidiéndonos disculpas por habernos pisado los pies? Creo que no saben de qué estoy hablando. Parece que nunca han estado colgados de la manilla en pleno verano, los sobacos de un señor delante de las narices que ha olvidado ponerse un desodorante. Entonces nunca han conocido el verdadero olor de nuestra cultura mediterránea. Me temo que tampoco han inspirado el aire húmedo y caluroso cuando el bus va a tope y el aire acondicionado ya no puede más. Esto sí que es una droga potente aunque algunos dicen que a largo plazo lleva a la violencia. No sé, yo personalmente no lo creo pero puede que me equivoque. Sin embargo, es indiscutiblemente agradable sentir los suaves codazos de una chica joven acariciándonos la nuca con su piel perfumada. O imagínense dos pompis rozándose en un movimiento simultáneo hacia la puerta, frotándose contra otros cuerpos que apenas se mueven en primer lugar para no perderse el contacto directo y solo en segundo lugar por falta de espacio. Ya les digo que a veces hasta resulta erótico, según la ocasión, claro está. Y otra cosa. Parece que todavía no se han dado cuenta que el autobús es uno de los pocos espacios en que también las mujeres son libres de hacer lo que las da la gana. Si hemos

tenido suerte y si nos ha tocado un asiento, podemos cortar y limarnos las uñas, vaciar bolsillos y ordenar el bolso, sacarnos granos de la cara y hasta peinarnos y maquillarnos tranquilamente. O si lo deseamos también podemos hablar tranquilamente por móvil con amigos y familiares y así incluimos a los demás en las peripecias de nuestras vidas. Hay incluso las que leen un libro. Y todo esto a un precio de ganga.

Acaba de llamar la vecina en la puerta. Me dice que si quiero mañana me puede llevar en coche al trabajo. Su oferta me emociona tanto que le digo que sí. Luego me llaman por teléfono para invitarme a un tour el fin de semana, en coche, claro está. Acepto sin pensármelo dos veces. Parece que vuelvo a tener vida social a pesar del incidente del anuncio. Me prometo no volver a mencionar el asunto nunca más.

Para sacarme el disgusto pienso en la carta que escribiré a la sección servicio al cliente del TMB. ¡Señores! La próxima vez que encarguen un anuncio tengan en cuenta que la gente no es tonta!